

39. En la isla de Chipre (12) (365-372)

CUARTA FASE DE LA VIDA DE S. HILARION

Desembarcó en la antiquísima ciudad de Pafos, situada al oeste de la isla, en cuyas proximidades pensó vivir desconocido. Poco tiempo duró el gozo del Santo, pues sólo pasaron veinte días y en todos los rincones de la isla los que tenían espíritus malignos clamaban diciendo que había llegado Hilarión, siervo de Cristo, y que a él debían dirigirse sin tardanza. Tal era el grito general, y a los treinta días se habían reunido para ir a verle unas doscientas personas. Viendo a tanta gente, contrariado de que no le dejasen en paz, flageló a los demonios con tal instancia de oraciones, que algunos fueron echados al momento, otros después de dos o tres días y todos dentro de una semana. A pesar de todo, permaneció en los alrededores de Pafos unos dos años.

Mientras tanto, envió a Esiquio a Palestina para saludar a los Hermanos y para ver lo que había quedado del incendio del monasterio en la citada persecución de Juliano del 362 (cfr. supra, n. 25).

40. Ultimo retiro. “Al regresar Esiquio de Palestina, como viera que el Santo anciano suspiraba siempre por otro lugar donde no fuera conocido y que hasta deseaba embarcarse para ir a algún desierto de Egipto, persuadióle que más bien buscasen un sitio más escondido en las montañas de la isla. De acuerdo, pues, con el Santo, recorrió aquella región del oeste de Chipre; habiendo encontrado el sitio ideal para satisfacer sus anhelos, le condujo a él por entre montes escarpados, a doce millas del mar, y al cual a duras penas, trepando con las manos y arrastrándose, podía subirse. Al contemplarlo nuestro Santo, vio que efectivamente era un lugar casi inaccesible, rodeado de árboles por todos lados, con abundantes aguas, que bajaban de la cima, y un amenísimo huertecillo poblado de frutales, de los cuales nunca tomó nada para comer. Y hallándose allí cerca las ruinas de un templo pagano, donde resonaban día y noche tan innumerables voces de demonios, que parecían un ejército; lo cual complació al Santo, porque así tenía frente a sus antagonistas”.

“Cinco años disfrutó de sosiego, en compañía de su fiel sirviente el Hermano de Gaza y visitado a menudo por Esiquio. Y

aun se restableció en su salud; porque, a causa de la escabrosidad de aquellos parajes, casi nadie se atrevía a subir hasta allí.

41. “...Levántate y anda”. “Un día en que salió al huertecillo, vio a un hombre en estado de completa parálisis tendido ante la entrada y preguntó a Esiquio quién podría ser, o de qué manera habría sido llevado allá. El cual contestó que aquel hombre era el administrador de una pequeña granja de la cual formaba parte el huertecillo donde ellos estaban. Entonces el Santo, llorando y tendiendo la mano al enfermo, hablóle del modo siguiente: “En nombre de nuestro Señor Jesucristo te digo: levántate y anda”. ¡Cosa maravillosa! No bien hubo pronunciado estas palabras, y ya consolidados sus miembros, levantóse el enfermo.”

42. Muerte de S. Hilarión (372)

“Habiendo llegado nuestro Santo a los ochenta años de su vida; como en tal ocasión Esiquio se hallara ausente, escribió de su propia mano una breve epístola, a manera de testamento, dejándole lo que constituía su riqueza, a saber: Su amada copia del Evangelio, hecha en su juventud, más su pobre túnica de tela burda con la cogulla, y por último la esclavina o capa corta, que nunca dejó de usar, en amoroso recuerdo de la que S. Antonio le había regalado al despedirse en Pispir. Su fiel compañero “el gacense” había muerto pocos días antes. Al saberse en Pafos que estaba enfermo, acudieron al huertecillo muchos hombres religiosos, pues le habían oído decir que en breve se reuniría con el Señor, y que sería liberado de las ataduras del cuerpo. Y también hallábase allí una santa mujer llamada Constancia, a cuyo yerno e hija, con la unción del óleo bendecido por él, había librado de la muerte. A todos los presentes les conjuró a que no le velasen ni aun por un cuarto de hora después de su muerte; sino que en seguida y en el mismo huerto le cubriesen de tierra tal como estaba vestido, es decir, con la túnica de cilicio, la cogulla y el tosco sayal”.

“Y el cuerpo empezaba ya a enfriarse y ninguna señal de vida le quedaba más que el sentido; y no obstante, con los ojos hablaba de esta suerte: “*Egre dere ¿quid times? Egre dere, anima mea ¿quid dubitas? Septuaginta prope annis servisti Christo ¿et mortem times?*” “Sal de este cuerpo, alma mía, sal: ¿qué es lo que temes? ¿por qué vacilas? Casi setenta años has servido a Cristo ¿y temes

¿por qué vacilas? Casi setenta años has servido a Cristo ¿y temes la muerte?”

“Diciendo estas palabras exhaló el espíritu”.

“Y al momento, cumplida la orden de cubrirlo de tierra, anunciaron al pueblo su sepultura antes que su muerte.”

43. Traslación del santo cuerpo a Palestina. “Oída en Palestina la noticia de su muerte, el santo varón Esiquio partió para Chipre; y aparentando que quería habitar en el mismo huertecillo (para que, quitada toda sospecha (13), no lo guardasen con tanta diligencia los vecinos); y, con intenso peligro de su vida, pasados unos diez meses, hurtó el cuerpo del Santo. Luego de desembarcar en el puerto de Majuma, próximo a su antiguo monasterio (14), y propalada tan fausta nueva por los pueblos circunvecinos, fue transportado el sagrado tesoro, acompañado de los monjes y de miles de personas, siendo depositado en digno sepulcro, que para su custodia tenían preparado sus discípulos. Y de nuevo se hallaba en aquel mismo lugar que desde muy joven había santificado con sus virtudes.

“Ilesas estaban la túnica y la esclavina, e íntegro el santo cuerpo, como si todavía viviese; y exhalaba tal fragancia de perfumes, que parecía ungido con aromas”: así dice S. Jerónimo. Tal prodigio parece significar que Dios premió la pureza de ángel, guardada por la penitencia de aquella “*rosa entre espinas*”, que (como dijimos al principio) floreció en Egipto, al suave influjo del Santo Fundador de la vida monástica, S. Antonio, en la cumbre del monte Pispir.

NOTAS

(1) *Gaza* (hoy *Gazzah*) se halla en la costa oriental del Mediterráneo. A unas 5 millas al sur de esta ciudad estaba Tabatha, y a 2 millas más al sur empezaba el desierto donde se retiró S. Hilarión. (N. de Tamietti).

(2) El desierto Der-el-Memún, donde está situado el monte Pispir (cfr. P. I, c. 1, 10).

(3) Era la norma que solía seguir S. Antonio con aquellos de sus discípulos que veía destinados a un alto grado de santidad. Pero antes les hacía pasar por duras pruebas, ejercitándoles principalmente en la obediencia, como se verá en el *Vida de S. Pablo, el Simple*.

- (4) Gaza fue por mucho tiempo un gran foco de paganismo.
- (5) El “*modio*” romano, equivalía próximamente a la fanega, cuya capacidad es de 55 litros y medio; de modo que los 15 modios eran más de ocho hectolitros. Al que ponga en duda el ejemplo que se refiere diré: 1.º Que en aquellos primeros siglos de la era cristiana había hombres de fuerza extraordinaria como aquel “*Ursus*” de la novela histórica *¿Quo Vadis?* 2.º Que todavía en nuestros días vemos cosas tan sorprendentes de fuerza física, que a muchos parecen imposibles.
- (6) Ejemplo parecido al que leemos en el Evangelio (*Luc.*, 8-30 ss.).
- (7) Era el demonio quien hablaba, sirviéndose de la lengua del poseso. Y adviértase que el historiador que refiere este detalle es el gran orientalista S. Jerónimo.
- (8) El “bactriano” (oriundo de la región de Bactriana —Asia Central—) tenía dos corcovas; el “arábico” es más pequeño.
- (9) Ya se ha visto que S. Antonio, por su autoridad, sus virtudes y milagros, fue llamado *el Grande* (o *el Magno*) por sus contemporáneos y por la historia.
- (10) N. de Tamietti *ad Vit. s. Hils*, 1. c., p. 121. El barrio *Bruchium* situado en la orilla sur-oeste del lago Mareótides (cfr. P. IV, c. 11, n. 3).
- (11) No es *Epidaurus*, como dice la edición de 1895, sino *Epidamnus* (cfr. Perthes).
- (11 bis) *Malea*, promontorio al sur-este de Grecia, tiene al sur-oeste la isla de *Citera*, hoy Cérigo. En este estrecho sucedió el milagro que refiere S. Jerónimo.
- (12) *Chipre*, situada en el golfo formado por el Asia Menor y la Siria, con 9,282 km², está cruzada por dos cadenas montañosas de este a oeste, con alturas de unos 2.000 m.
- (13) N. de Tamietti.
- (14) *Ibíd.*

SAN PABLO EL SIMPLE, SANTA TAIS Y EL ABAD PAFNUCIO

1. En este capítulo juntamos brevemente otras tres glorias de S. Antonio, a saber: 1.^a S. Pablo el Simple, quien, bajo su dirección, al cabo de un año llegó a un alto grado de santidad y fue llamado “el mayor discípulo de S. Antonio”, 2.^a La conversión de Tais, la gran pecadora de Alejandría, por otro insigne discípulo del Santo Fundador, el abad Pafnucio. 3.^a La revelación de la santidad de Tais al citado S. Pablo.

I. “EJERCITACION DE S. PABLO EL SIMPLE” (1) (SU FIESTA EL 7 DE MARZO)

2. “Refiérese en las Vidas de los Padres del Yermo que cierto rústico labrador, vecino de una aldea, de 60 años de edad, llamado Pablo, en alto grado inocente y sencillo de corazón, se había casado con una mujer de buenas apariencias pero de malvas costumbres, la cual por espacio de mucho tiempo estuvo faltando a la fidelidad del Santo Matrimonio sin que su marido se diera cuenta. Llegó, sin embargo, un día en que regresó inesperadamente del campo y sorprendió en su crimen a la esposa infiel, permitiéndolo así la Divina Providencia para conducir a Pablo hacia un fin altísimo de santidad. Ayudado por la gracia de Dios, en lugar de enfurecerse ante tal iniquidad, con mucha calma despidióse de su casa y resolvió consagrarse a Dios.”

3. “Sin decir nada a nadie, púsose en camino; y después de un penosísimo viaje, llegó al monte Colzum, donde se hallaba entonces S. Antonio, y llamó a la puerta de su celda. Saliendo el Santo, le pregunta: “¿Qué quieres? —Quiero ser monje, le contestó.

—“Un anciano de 60 años (dijo S. Antonio) aquí no puede ser monje; más bien vete a la aldea y ponte a trabajar, que bien puedes salvarte haciendo vida de labrador y sirviendo a Dios de todo corazón. Porque tú no puedes soportar las penalidades de la vida solitaria.”

—“Si quisieras enseñarme algo, yo lo haré” —contesta el anciano.

—“Te he dicho —replicó S. Antonio— que tú, en esa edad que tienes, no puedes ser monje: vete... Y, si tan empeñado estás en hacerte monje, vete a ingresar en un convento (2), donde viven en comunidad muchos Hermanos, los cuales te ayudarán a sobrellevar la vida religiosa, a causa de tus escasas fuerzas. Porque has de saber que yo vivo solo (3) y no como nada sino de cinco en cinco días y padezco hambre, y tú, sin estar acostumbrado a esta vida de prolongados ayunos, no podrías resistir.” Con estas palabras procuraba S. Antonio persuadirle a que se fuera; hasta que, por fin, dijo que no le admitía y cerró la puerta. Así pasaron tres días; y saliendo de nuevo el Santo, como viera todavía a Pablo, le dijo: “Vete de ahí, anciano ¿no ves que me molestas? No puedes quedarte aquí”. A lo cual repuso Pablo: “No es posible que yo me vaya a morir en otra parte; sino al contrario, antes que irme, aquí moriré.”

4. “Entonces, observando bien S. Antonio y viendo que no traía nada de lo que es necesario para subsistir: ni pan, ni agua, ni otra clase de alimento, y notando que había pasado ya al cuarto día en ayunas, pensó consigo mismo en el peligro que corría de morir de inanición, como quien no estaba acostumbrado a prolongar tanto el ayuno, y “entonces —decíase— recaerá tal vez sobre mi alma la responsabilidad”. Por esa razón le admitió, diciendo: “*Puedes, salvarte, si obedeces*, y si hicieres lo que oigas y me veas hacer a mí”. Pablo contestó:

—“Haré todo cuanto me mandareis.”

5. Duras pruebas. Ejercítale en la obediencia y en el trabajo.

“Así, pues, previendo ya S. Antonio lo que podía esperarse de

la ejercitación de aquel anciano, mas queriendo antes asegurarse de sus buenas disposiciones, empezó por someterle a duras pruebas; y para esto, él mismo tomó sobre sí una norma de vida tan áspera como la que había guardado en los mejores días de su juventud. Por tanto, para probar su docilidad y obediencia, le dijo: “Quédate ahí y ora, mientras que yo entro y preparo lo que necesitas para tu trabajo.” Entrando, pues, S. Antonio en la cueva (4), al observar por la ventana, vio que permanecía inmóvil todo el día y toda la noche, siempre en el mismo sitio donde le había dejado. Salió, por fin, después de humedecer unos cuantos manojos de palmas que llevaba y le dijo: “Toma y haz una cuerda, como yo hago”. Así lo hizo el anciano, y con gran trabajo y afanándose cuanto pudo, hizo quince brazas de cuerda hasta la hora Nona (las 3 de la tarde). Mas, al ver S. Antonio el trabajo hecho, no le gustó nada, y así le dijo: “No está bien hecho este trabajo: destrenza la cuerda y vuévela a hacer”. Y téngase presente que todos aquellos días había estado sin comer; pero S. Antonio le estaba probando y por esto le afligió de tal manera, a ver si el viejo perdía la paciencia y se iba, abandonando la vida de los monjes. Sin embargo, Pablo tomó la cuerda, la destrenzó pacientemente y luego volvió a hacerla, con mayor trabajo que antes porque las palmas habían quedado arrugadas y retorcidas en la primera prueba.”

6. “Viendo, pues, el Grande Antonio que ni había murmurado, ni decaído su ánimo, ni perdido en lo más mínimo la serenidad de su rostro, tuvo compasión de él, movido de ternura. Y a la puesta del sol, le dijo: —“Padrecito ¿quieres que comamos un trocito de pan?” —“Como le parezca”, respondió Pablo.

Y aquí otro detalle que conmovió a S. Antonio, y es que no acudió en seguida, al primer anuncio de la comida, sino que le dejó todavía en libertad para cuando quisiera dar principio.

—“Prepara, pues, la mesa”, dijo S. Antonio, y Pablo obedeció. Vino S. Antonio con los panes y puso sobre la mesa cuatro panecillos de ración, de a seis onzas cada uno, echando a remojar uno para sí y tres para Pablo.”

7. **Ejercítale en el ayuno y en la oración.** “Cantó S. Antonio, junto con Pablo, el salmo que éste sabía; y después de repetirlo

doce veces, oró asimismo doce veces para probarle también en esto. Y no obstante, el viejo, junto con el Grande Antonio, hizo muy bien la oración y aun con mayor agilidad y alegría. Luego, después de estas doce oraciones, dijo a Pablo S. Antonio el Grande: “Siéntate ahora y no comas hasta la noche; cuida solamente los alimentos.”

Y habiendo llegado la noche, y estando Pablo sin comer, díjole S. Antonio: “Levántate, haz oración y échate a dormir”. Dejando, pues, la mesa, así lo hizo. Después le despertó a media noche, llamándole a la oración, que se prolongó hasta el día siguiente.”

8. Por fin, comen su frugalísima vianda. Y en efecto: “Puesta de nuevo la mesa; y después de cantar y orar, como en el día anterior, al anochecer sentáronse a comer. Luego que S. Antonio hubo comido un panecillo, no tocó el otro. Mientras tanto, el viejo, comiendo más despacio, aún no había acabado su primer panecillo. Aguardaba, pues, S. Antonio hasta que Pablo hubiera concluido y le dijo:

–“Come, Padrecito, otro pan”. A lo cual repuso Pablo:

–“Si vos coméis más, yo también comeré; pero si no coméis vos, yo tampoco voy a comer.” Díjole S. Antonio. “A mí me basta porque yo soy monje.”

–“Y a mí también me basta (repuso Pablo), puesto que yo también quiero ser monje.”

9. Le ejercita en la vigilia. “Habiéndose levantado de la mesa, hacen las doce oraciones y cantan los doce salmos. Y rezadas, además, las oraciones que precedían al primer sueño, durmiendo un poco, y de nuevo se levantaron a media noche para el canto de los salmos, que terminó al amanecer.”

10. Ultimos detalles de la ejercitación de Pablo.

a) *Peregrinación.* “Después le envió a recorrer la soledad del desierto, diciéndole: “Volverás aquí dentro de tres días.”

“Sucedió que, al regresar, habían llegado algunos Hermanos para visitar a S. Antonio y Pablo con mucha atención le observaba esperando que le dijera lo que tenía que hacer.”

b) *El silencio.* “Díjole entonces S. Antonio: “Sin hablar nada, sirve a los Hermanos, y no pruebes bocado hasta que ellos

se hayan marchado”. Mientras tanto los Hermanos estaban rogándole que les hablase, diciendo: ¿Cómo es que no dices nada? Y al ver S. Antonio que no les contestaba, le dijo: “¿Por qué estás callado? conversa con los Hermanos”. Y así empezó a hablarles.”

c) *Varios trabajos.* “Habiendo alguno obsequiado en cierta ocasión a S. Antonio con una anforita de miel, se la dio a Pablo, diciendo: “—Rompe la jarra y que se derrame la miel.” Así lo hizo Pablo. Y luego le dio otra orden, a saber: “Ahora recoge la miel que puedas, sirviéndote de la escudilla para que no haya suciedad alguna.”

Acto seguido, le mandó que sacara agua todo el día; y al ver que se le había roto el vestido, mandóle que se lo cosiera.

11. El premio a la perfecta obediencia. “Finalmente, en tan alto grado practicó este hombre la virtud de la obediencia, que hasta mereció recibir de Dios la gracia singular de lanzar los demonios de los posesos. Viendo, pues, S. Antonio el Grande que el viejo había obedecido dócilmente y de buena gana, sin abrir nunca la boca para quejarse, sino más bien siguiendo con prontitud sus indicaciones para la ejercitación de la vida monástica, le dijo:

—“Mira, Hermano: Si puedes continuar así todos los días, quédate conmigo”. A lo cual respondió Pablo: “Yo no sé si aún tenéis algo que enseñarme, pues lo que hasta aquí os he visto hacer, eso lo hago yo también, fácilmente y sin trabajo, con la gracia de Dios.”

12. “Entonces, después de pasar todavía unos días, díjole S. Antonio: “**EN NOMBRE DE JESUS, HE AQUI QUE HAS LLEGADO A SER MONJE**”. Y, teniendo el Grande Antonio bien experimentado que este siervo de Cristo era un alma muy perfecta, pues, siendo sumamente sencillo y simplísimo, en su ingenua naturalidad manifestaba todo el fondo de su corazón: por esto, pasados unos meses, el mismo Santo le hizo, con la ayuda de Dios, una celda a tres o cuatro millas distante de la suya y le dijo: “He aquí que, por virtud de Cristo, que te ha dado su gracia, por fin has llegado a ser monje. De hoy en adelante habitarás separado en esta celda que te he construido, para que te ejercites en la

lucha con los demonios, que en la soledad te buscarán para ver de derribarte”. Y Pablo el Simplísimo, habiendo habitado tan sólo un año en aquella su celda, mereció recibir de Dios la gracia de echar los demonios y de curar toda clase en enfermedades; al paso que seguía fiel en la observancia perfecta de todas las prácticas de la “ejercitación” propia de la vida monástica que S. Antonio le había enseñado.”

13. S. Pablo brilla por sus milagros. “He aquí que un día un jovencito, fieramente atormentado por el demonio, fue llevado a S. Antonio para que le librase. Y era este demonio uno de los principales y cruelísimo, el cual le hacía blasfemar como un energúmeno, echando por su boca horribles maldiciones e injurias contra el cielo y contra Dios. Parecía un condenado. Habiendo observado el gran S. Antonio a este joven, dijo a los que se lo habían conducido: “No es para mí esta empresa, pues contra este género de demonios, que son los principales y más feroces, todavía no se me ha concedido la gracia, pero en cambio la tiene Pablo el Simple. Y así diciendo les condujo a todos hasta donde se hallaba Pablo, a quien tenía bien probado, y le dijo: “Abad Pablo, echa el demonio de este hombre, para que vuelva curado a su casa y glorifique al Señor”. Pablo le contesta: “Pero, ¿y vos?” “Yo no tengo tiempo —dijo S. Antonio—; estoy ocupado en otra cosa”. Dejó, pues, al joven allí S. Antonio y regresó a su celda. Por tanto, puesto de pie el viejo inocente, hizo con todo fervor una oración eficaz y empezó a provocar al maligno espíritu con estas palabras: “*Sal de este hombre, dice S. Antonio Abad*”. Pero el demonio (por boca del infeliz poseso), echando insultos y maldiciones, gritaba diciendo: “No saldré, ambicioso, viejo, hipócrita”. Tomando, pues, su piel de oveja (5), le sacudía por la espalda, mientras el monje seguía repitiendo: “*Sal fuera, dice el santo Abad Antonio*”.

Mas el demonio arrojaba maldiciones contra Pablo y S. Antonio, diciendo: “¡Estos ambiciosos en su vejez, imbéciles, holgazanes, insaciables; que nunca están contentos con lo suyo y quieren echarnos de nuestro lugar! ¿Por qué tenéis que meteros con nosotros? ¿qué os importa de nosotros? ¿por qué venís a dominar con vuestra tiranía y perseguirnos donde quiera que estemos?”

Por fin, díjole Pablo: “*O sales de aquí, o yo me voy a decirlo a Jesucristo* y El hará que sientas descargar sobre ti su poder omnipotente, al cual no puedes resistir ¡desgraciado!...” Entonces quedó libre de la tiránica posesión del maligno aquel jovencito. Porque, al pronunciar San Pablo el nombre de Jesús, no pudo resistir más y salió el demonio. ¡Cuánto poder tiene este dulcísimo nombre para vencer las tentaciones, llenando de espanto a todo el infierno!

II. LA CONVERSION DE TAIS Y EL ABAD PAFNUCIO (6)

14. La maravillosa conversión de esta gran pecadora, llevada a cabo por el Abad Pafnucio, es también una gloria de S. Antonio, que así supo infundir en sus discípulos el celo apostólico (7).

Estando, pues, el citado monje recogido en su celda, tuvo noticia de que había en Alejandría una desgraciada pecadora, llamada Tais, que en su vida desastrosa era un anzuelo de Satanás para llevar a innumerables almas al infierno. Movido de caridad, para evitar tantos males y ver si podía reducir a la infeliz a mejor vida, después de consultarlo con S. Antonio y pedir su bendición y oraciones, el piadoso Pafnucio dejó el desierto y se fue a la ciudad. Y como el verdadero amor de Dios sabe ingeniarse de mil maneras para salvar almas, no paró hasta presentarse a la pecadora en el palacio que ocupaba ésta en el centro de Alejandría.

Probablemente, Tais había recibido de su madre una buena educación cristiana; y en medio del lodazal de los vicios, conservaba en el fondo de su alma un poquito de santo Temor de Dios y algunos remordimientos de conciencia. De tales sentimientos supo aprovecharse Pafnucio para insinuarse en su corazón, al recuerdo de sus años de inocencia y del presente estado de su alma. Le representó vivamente los justos juicios de Dios, la eternidad de las penas del infierno, los males infinitos de la perdición de tantas almas de que ella era causa con sus escándalos. “Contigo hablo, Tais (decíale): vuelve en ti y mira que con tus obras ofendes a un Señor que es dueño del cielo y de la tierra, y que se dejó enclavar en una cruz para salvarte ¿y quieres, obstinada en tus vicios, que su divina Pasión no te sirva de provecho, sino de eterna condenación? Y ¡qué desgracia fuera si el supremo Juez te

diese ahora la última sentencia! ¡Y qué felicidad si usara contigo de misericordia! Pues haz cuenta que te ves en este juicio y que piadosamente se te concede tiempo para que hagas penitencia; y no la dilates para mañana, pues no sabes si habrá mañana para ti. Esto te suplico por nuestro Señor Jesucristo crucificado, y que te duelas de tu alma y de las que se pierden por tu culpa... ¡Oh Tais! abraza el bien que te ofrece Dios; deja de una vez para siempre la mala vida y vuélvete, confiada, a nuestro Señor, que, como al hijo pródigo, te espera con los brazos abiertos.”

15. Con estas y otras muchas reflexiones se convirtió de veras la pública pecadora; y al pedir a Pafnucio que le impusiera la condigna penitencia, éste le contestó que recogiese todas las cosas que había habido con sus pecados y las quemase en la plaza contigua a su palacio, para reparar tantos escándalos. Y luego de hacer esto, para huir de toda ocasión de recaer en el pecado, salió de su casa; y tomando una nave, dirigióse a un monasterio de Vírgenes consagradas a Dios en Hermópolis magna, en la isla de Tabenna y separado de Antínoe por el Nilo (8), donde hizo rigurosísima penitencia, como vamos a referir.

III. S. PABLO EL SIMPLE Y LA GLORIFICACION DE SANTA TAIS, LA PENITENTE (CUYA FIESTA CELEBRA LA IGLESIA EL 8 DE OCTUBRE)

16. Con este párrafo terminamos la historia de S. Pablo el Simple, según la refieren Paladio y Rufino (ap. Bold., Apts., n. 57):

“Habiendo permanecido la penitente Tais en su pequeña celda por espacio de tres años, enterado el abad Pafnucio de su perfecta conversión, compadecióse de su admirable penitencia. Al momento dirigióse al Santo Abad Antonio (que se hallaba en Pispir) para oír de su boca si el Señor había perdonado o no, completamente, a Tais sus pecados. Después de contarle Pafnucio en todos sus detalles lo extraordinario de aquella conversión, reunió el Santo Fundador a sus discípulos y ordenóles que: “Aquella noche la pasasen todos en vigilia, entregados a una oración fervorosa, hasta que Dios se dignase declarar a alguno de ellos el objeto solicitado por el Abad Pafnucio”.

“De consiguiente, habiéndose retirado todos a sus celdas respectivas, y estando en fervorosa oración, he aquí que el Abad Pablo, llamado “el mayor discípulo de S. Antonio”, vio de repente en el cielo un trono adornado con preciosas colgaduras, al cual hacían guardia de honor tres Vírgenes de celestial belleza. Y como dijera Pablo consigo mismo: “Tan grande premio no estará destinado para otro si no es para mi Padre S. Antonio”, oyó una voz que decía: “Este trono no es para tu Padre Antonio, sino para Tais, la meretriz”.

17. Al oír S. Antonio de boca de Pablo esta visión; reuniendo de nuevo a sus discípulos, describióles la maravillosa conversión de la gran pecadora Tais, que por la misericordia de Dios se había hecho una Santa, por medio de la oración y penitencia, como lo demostraba la hermosa revelación que Pablo había tenido. Y terminó exhortándoles a la confianza en la infinita bondad de Dios y a la humildad con que debemos tratar a los demás; pues, por muy pecadores que fueren, con la gracia de Dios pueden llegar a superarnos en el cielo.”

18. **Alegría de Pafnucio y de Tais. Santa muerte de la penitente.** Con infinita alegría dirigióse el Abad Pafnucio a la Santa, comunicándole que Dios la había perdonado y que la esperaba para muy pronto en el cielo, no sólo por su penitencia, sino principalmente por el dolor de sus pecados y por su perseverancia en la oración. Con humildad y confianza, repetía: Señor Dios mío: Tened misericordia de mí, que soy una gran pecadora. Con tales consuelos, recibidos de su director espiritual, se preparó Santa Tais para la muerte, que, efectivamente, sobrevino a los pocos días.

He aquí, pues, brevemente descritas, las tres maravillas de la gracia que anunciamos al principio de este capítulo, las cuales son como las tres facetas de otro gran brillante que refulge en la corona del Santo Fundador de la vida monástica, S. Antonio.

NOTAS

(1) Este es el título que pone Bolando al referir esta historia (c. 8, n. 50 ss. de los Apotegmas), que extractamos. El a su vez la toma de Rufino y de Paladio. Del contexto se deduce que el hecho tuvo lugar en Colzum y antes del 341, sin poder precisar la fecha.

(2) Alude a los conventos de S. Pacomio en la isla de Tabenna (cfr. P. I, c. 1, n. 6, n. 5).

(3) Si vivía “solo”, no estaba en Pispir, sino en Colzum, y era antes del 341, pues en esta fecha fueron a vivir con el Santo Fundador Amatas y Macario.

(4) Otro detalle que demuestra que todo esto pasaba en Colzum, pues en Pispir no tenía por celda ninguna cueva, pero sí en Colzum.

(5) Se refiere a la capita (*palliolum*), hecha de piel de oveja (cfr. P. II, c. 6).

(6) “*Abbas Paphnutius*”: así le llaman Rufino y Paladio (ap. Bold., *ibíd.*, n. 57), donde añade Bolando: “*Confer Acta S. Thaisis, quae 8 Octobr. colitur, ubi de Paphnutio plura*”. Ceballos le confunde con el “Confesor S. Pafnucio” (cfr. § 78, P. III, c. 9, n. 4). Un autor moderno atribuye dicha conversión al “monje Serapión”, por el hecho de “haberse encontrado *cercanas* una de otra las tumbas de este último y la de Santa Tais en Antínoe”; pero no prueba nada frente a los testimonios antedichos. Tal proximidad de sepulturas se debe a una mera casualidad, como se deduce de lo que decimos en la N. 8 (cfr. Paladio, *Hist. Laus.*).

(7) No teniendo a mano las “Actas de Santa Tais” (citadas en la nota precedente), extractamos esta narración de la de Ceballos (*ibíd.*), quien a su vez, cita a Fr. Lorenzo Surio.

(8) Distante unos 384 km. de Alejandría, se hallaba un monasterio de monjes en Antínoe, sobre la orilla oriental del Nilo; Hermópolis, con su monasterio de mujeres, estaba situada dentro de la isla, a unos 2 km. al suroeste de Antínoe. Dice Paladio (*ibíd.*) que, al morir una de dichas religiosas, llevaban el cadáver hasta la orilla occidental del río y desde aquí lo transportaban los monjes, en su barca, para sepultarlo en el cementerio, común a los dos monasterios. Así lo dispuso S. Pacomio para tales fundaciones a lo largo de la isla de Tabenna (cfr. P. I, c. 1, n. 6, N. 5). Al lado del cadáver recién enterrado se abría otra sepultura, como aviso perenne de la incertidumbre de la vida presente, según nos advierte nuestro Divino Salvador.

APOTEGMAS

Ofrecemos una traducción castellana de los apotegmas que se encuentran en la colección alfabética bajo el nombre de abba Antonio.

El P. Mauro Matthei o.s.b. ha publicado anteriormente algunos de ellos en CUADERNOS MONASTICOS (1966, n. 1): una selección de quince piezas, de las treinta y ocho que se encuentran en la colección de Antonio.

Por otra parte, la Hna. M. P. Pedrero o.c.s.o. tradujo al castellano y publicó en Cistercium 24 (1972) n. 127, pp. 193-202, los treinta y ocho apotegmas antonianos, vertiéndolos de la traducción francesa del P. J.-Cl. Guy.

En los números 11 y 12 de esta colección, ofrecemos la serie alfabética de Los Apotegmas, o Dichos de los Padres del Desierto.

Martín de Elizalde, o.s.b.

APOTEGMAS DE SAN ANTONIO

1. El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedia y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: “Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?”. Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y sentábase de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: “Haz esto y serás salvo”. Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó.

2. El mismo abba Antonio, investigando la profundidad de los juicios de Dios, rogó diciendo: “Señor, ¿por qué mueren algunos tras una vida corta y otros llegan a extrema vejez? ¿Por qué algunos son pobres y otros ricos? ¿Por qué los injustos se enriquecen y los justos pasan necesidad?”. Entonces vino hasta él una voz que le respondió: “Antonio, ocúpate de ti mismo, pues eso es el juicio de Dios, y nada te aprovecha el saberlo”.

3. Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: “¿Qué debo observar para agradecer a Dios?”. El anciano le respondió diciendo: “Guarda esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Sagradas Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habitas no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás”.

4. Dijo abba Antonio a abba Pastor: “Este es el gran esfuerzo del hombre: poner su culpa ante Dios, y estar preparado para la tentación hasta el último suspiro”.

5. Dijo el mismo: “El que no ha sido tentado no puede entrar en el Reino de los cielos. En efecto, suprime las tentaciones —dijo— y nadie se salvará”.

6. Preguntó abba Pambo a abba Antonio: “¿Qué debo hacer?”. Le respondió el anciano. “No confíes en tu justicia, ni

te preocupes por las cosas del pasado, y contiene tu lengua y tu vientre”.

7. Dijo abba Antonio: “Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad”.

8. Dijo también: “Algunos hay que afligieron sus cuerpos con la ascesis, y porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios”.

9. Dijo también: “La vida y la muerte dependen del prójimo. Pues si ganamos al hermano, ganamos a Dios, y si escandalizamos al hermano, pecamos contra Cristo”.

10. Dijo también: “Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (*hesiquía*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior”.

11. Dijo también: “El que permanece en la *hesiquía* en el desierto, se ve libre de tres combates: del oído, de la palabra y de la vista. Tiene sólo uno: el de la fornicación”.

12. Unos hermanos fueron adonde estaba abba Antonio, para comunicarle las visiones que tenían, y para aprender de él si eran verdaderas o procedían de los demonios. Tenían un asno, que había muerto en el camino. Cuando llegaron a la presencia del anciano, anticipándose, éste les dijo: “¿Por qué murió el pequeño asno en el camino?”. Le dijeron: “¿Cómo lo sabes abba?”. Les respondió: “Me lo mostraron los demonios”. Le dijeron: “Por eso veníamos nosotros a preguntar, pues vemos visiones y muchas de ellas son veraces, y no queremos equivocarnos”. Los convenció el anciano con el ejemplo del asno, que esas visiones procedían de los demonios.

13. Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto, vio a abba Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: “Pon una flecha en tu arco y estíralo”. Y así lo hizo. Le dijo: “Estíralo más”. Y lo estiró. Le dijo nuevamente: “Estíralo”. Le respondió el cazador. “Si estiro más de la medida, se romperá el arco”. Le dijo el anciano: “Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso pues de vez en cuando condescender con las necesidades de los hermanos”. Vio estas cosas el cazador y se llenó de compunción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares.

14. Oyó hablar abba Antonio de un joven monje, que había hecho un milagro estando en camino. Pues vio a unos ancianos que viajaban y estaban fatigados, y ordenó a unos onagros que se acercaran y los llevaran hasta la celda de Antonio. Los ancianos se lo contaron a abba Antonio, el cual les dijo: “Paréceme a mí que este monje es como un navío cargado de bienes, pero no sé si llegará a puerto”. Y después de un tiempo, comenzó de repente abba Antonio a llorar, arrancarse los cabellos y lamentarse. Le dijeron sus discípulos: “¿Por qué lloras, padre?”. Les respondió el anciano: “Acaba de caer una gran columna de la Iglesia (se refería al joven monje). Pero id —les dijo—, adonde está él, y averiguar qué sucedió” Fueron los discípulos y vieron al monje sentado sobre una estera, llorando el pecado que había cometido. Al ver a los discípulos del anciano les dijo: “Decid al anciano que le pida a Dios me conceda diez días solamente, y espero dar satisfacción”. Mas en el plazo de cinco días murió.

15. Un monje fue alabado por los hermanos en presencia de abba Antonio. Cuando éste lo recibió, lo probó para saber si soportaba la injuria, y viendo que no la soportaba, le dijo: “Pareces una aldea muy adornada en su frente, pero que los ladrones saquean por detrás”.

16. Dijo un hermano a abba Antonio: “Ruega por mí”. Le dijo el anciano: “No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no te esfuerzas y pides a Dios”.

17. Fueron unos ancianos adonde estaba abba Antonio, e iba con ellos abba José. Los quiso probar el anciano y les propuso un pasaje de la Escritura preguntándoles su sentido, comenzando por los menores y uno a uno respondían según su capacidad. A cada uno de ellos decía el anciano: “No lo has encontrado todavía”. Por último, le preguntó a abba José: “¿Qué dices tú acerca de esta palabra?”. Respondió: “No sé”. Dijo abba Antonio: “Abba José encontró el camino, pues dijo: No sé”.

18. Unos hermanos fueron desde Escete para ver a abba Antonio, y al subir a una nave para dirigirse hasta él, hallaron un anciano que también quería ir. Los hermanos no lo conocían. Sentados entonces en la nave hablaban de las palabras de los Padres y de las Escrituras, y después, acerca de su trabajo manual. El anciano callaba. Cuando llegaron al puerto supieron que el anciano iba también a visitar a abba Antonio. Cuando llegaron adonde estaba él, les dijo (abba Antonio): “Tuvisteis buena compañía, este anciano”. Dijo después al anciano: “Encontraste buenos hermanos, padre”. El anciano respondió: “Buenos son, en efecto, pero su casa no tiene puerta, y el que lo desee puede entrar en el establo y desatar el asno”. Decía esto porque hablaban lo que les venía a la boca.

19. Fueron unos hermanos adonde estaba abba Antonio y le dijeron: “Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?”. El anciano les dijo: “¿Oísteis la Escritura? Pues eso es bueno para vosotros”. Le dijeron ellos: “Pero queremos escucharlo de ti, padre”. Les dijo el anciano: “El Evangelio dice: Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra”. Le respondieron: “No podemos hacer esto”. Díjoles el anciano: “Si no podéis ofrecer la otra mejilla, al menos soportad que os golpeen en una”. Le dijeron: “Tampoco podemos hacer esto”. Dijo el anciano: “Si no podéis esto, no devolváis el mal que recibisteis”. Respondieron: “Tampoco podemos hacer esto”. Dijo entonces el anciano a su discípulo: “Prepáralles una papilla, porque están enfermos. Si no podéis hacer esto, ni queréis hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por vosotros? Necesitáis oraciones”.

20. Un hermano que había renunciado al mundo y dado sus bienes a los pobres, había, sin embargo, conservado algo para sí. Fue a ver a abba Antonio. Enterado de todo ello, le dijo el anciano: “Si quieres llegar a ser monje, ve a esa aldea, compra carne y ponla sobre tu cuerpo desnudo y vuelve aquí”. Así lo hizo el hermano, y los perros y las aves lo lastimaban. Fue adonde estaba el anciano, quien le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Cuando le hubo mostrado su cuerpo herido, le dijo el santo abba Antonio: “Los que renunciaron al mundo y quieren poseer riquezas, son despedazados así por los ataques de los demonios”.

21. Fue tentado un hermano en el cenobio de abba Elías. Expulsado de allí fue al monte donde estaba abba Antonio. Permaneció el hermano con él durante algún tiempo, y le envió después al cenobio del que había salido. Cuando lo vieron los hermanos, lo expulsaron de nuevo. Volvió el hermano a abba Antonio, diciendo: “No quisieron recibirme, padre”. Lo envió de nuevo el anciano diciendo: “La nave naufragó en el mar, perdió la carga y apenas si pudo salvarse llegando a tierra; pero vosotros queréis hundir aquello que logró salvarse en tierra”. Ellos, al oír que lo enviaba abba Antonio, lo recibieron enseguida.

22. Dijo abba Antonio: “Pienso que el cuerpo tiene un movimiento natural, adaptado a él, pero que no actúa si no lo quiere el alma; indica solamente en el cuerpo un movimiento sin pasión. Mas hay otro movimiento, que proviene de la alimentación y del abrigo del cuerpo por la comida y la bebida; es así que el calor de la sangre excita el cuerpo para la acción. Por ello dice el Apóstol: No os embriaguéis con vino, en el que está la impureza. Y también el Señor en el Evangelio amonesta a los discípulos diciendo: Mirad que no se entorpezcan vuestros corazones con la crápula y la ebriedad. Hay todavía otro movimiento para los que combaten, que procede de las trampas y la envidia de los demonios. Hay que saber, pues, que hay tres movimientos del cuerpo: uno es natural, el segundo viene de la abundancia de alimentos, el tercero viene de los demonios”.

23. Dijo también: “Dios no permite que esta generación sea atacada como la de los antiguos, pues sabe que es débil y no puede resistir”.

24. Le fue revelado a abba Antonio en el desierto: “En la ciudad hay un hombre semejante a ti, de profesión médico, que da lo superfluo a los necesitados y todos los días canta el trisagio con los ángeles”.

25. Dijo abba Antonio: “Viene el tiempo en que se enloquecerán los hombres, y cuando vean a uno que no está loco, se volverán contra él, diciendo: ‘estás loco’, pues no es semejante a ellos”.

26. Fueron algunos hermanos a abba Antonio, y le dijeron una palabra del Levítico. Salió el anciano al desierto, y lo siguió ocultamente abba Amonas, que conocía sus costumbres. Y alejándose, el anciano, puesto de pie para la oración, exclamó con voz fuerte: “Oh, Dios, envía a Moisés para que me explique esta palabra”. Y llegó una voz que conversó con él. Dijo abba Amonas que él oyó la voz que conversaba con el anciano, mas no comprendió el alcance de esas palabras.

27. Tres padres tenían la costumbre de ir cada año a ver a abba Antonio y mientras dos lo interrogaban acerca de los pensamientos y la salvación del alma, el tercero callaba absolutamente y nada preguntaba. Después de mucho tiempo, le dijo abba Antonio: “Vienes desde hace tiempo y no me preguntas nada”. Le respondió diciendo: “Abba, me basta con verte”.

28. Decían que uno de los ancianos rogó a Dios le concediese ver a los padres, y los vio, excepto a abba Antonio. Le dijo al que se lo mostraba: “¿Dónde está abba Antonio?”. Le respondió: “En el mismo lugar en que está Dios, allí está”.

29. Un hermano en el cenobio fue acusado calumniosamente de fornicación y levantándose fue adonde estaba abba Antonio. Los hermanos del cenobio fueron también para curarlo y llevarlo consigo, y trataron de convencerlo que había hecho aquello. El, por el contrario, afirmaba: “No lo hice”. Estaba allí abba Pafnucio Céfalas, quien les dijo esta parábola: “Vi en el borde del río a un hombre, hundido en el fango hasta las rodillas, y fueron unos para darle la mano, y lo hundieron hasta el cuello”. Y les dijo

abba Antonio acerca de abba Pafnucio: “Este es un hombre veraz, capaz de curar a las almas y salvarlas”. Movidos a arrepentimiento por las palabras de los ancianos, hicieron la metanía al hermano. Y amonestados por los Padres, recibieron al hermano en el cenobio.

30. Decíase de abba Antonio que llegó a ser pneumatóforo (portador del Espíritu Santo), pero que no quería hablar a causa de los hombres. En efecto, reveló lo que acontecía en el mundo y lo que había de venir.

31. Recibió abba Antonio una carta del emperador Constancio, invitándolo a ir a Constantinopla, y reflexionaba acerca de lo que debía hacer. Le preguntó a abba Pablo, su discípulo: “¿Debo ir?”. Y le respondió: “Si vas, te llamarás Antonio; si no vas, te llamarás abba Antonio”.

32. Dijo abba Antonio: “Ya no temo a Dios, sino que lo amo. En efecto, el amor expulsa el temor”.

33. Dijo el mismo: “Habéis de tener siempre ante los ojos el temor de Dios. Acordaos de quien da la muerte y la vida. Tened odio al mundo y a todo lo que está en él. Renunciad a esta vida, para vivir para Dios. Recordad lo que prometisteis a Dios; eso es lo que se os pedirá en el día del juicio. Sufrid el hambre, la sed, la desnudez, las vigiliass; entristeceos y llorad, gemid en vuestros corazones; probaos si sois dignos de Dios; despreciad la carne, para salvar vuestras almas”.

34. Visitó abba Antonio a abba Amún en la montaña de Nitria, y cuando se hubieron encontrado, le dijo abba Amún: “Ya que el número de los hermanos se ha multiplicado gracias a tus oraciones, y algunos de ellos desean construirse celdas retiradas para vivir en el recogimiento (*hesiquía*), ¿a qué distancia de las actuales dispones que se edifiquen esas celdas?”. Le dijo: “Comeremos a la novena hora, y saldremos a recorrer el desierto para reconocer el lugar”. Cuando hubieron marchado por el desierto hasta la puesta del sol, abba Antonio dijo: “Oremos, y plantemos una cruz, para que construyan aquí los que lo que desean. Así los

hermanos que vengan de allá para ver a los que están aquí, lo harán después de tomar una ligera refección a la hora novena, y los encontrarán en este momento. Lo mismo los que vayan de aquí para allá, se conserven de este modo sin distracción en las visitas mutuas”. La distancia es de doce millas.

35. Dijo abba Antonio: “El que trabaja un bloque de hierro, observa primero en su pensamiento lo que desea hacer: una hoz, una espada o un hacha. De la misma manera, nosotros debemos pensar qué virtud buscamos, para no esforzarnos en vano”.

36. También dijo: “La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres”.

37. Dijo también: “Conozco monjes que cayeron después de haber soportado mucho, y que llegaron al orgullo del alma porque esperaron en sus obras y desconocieron el mandato que dice: “Interroga a tu padre y él te enseñará”.

38. Dijo también: “El monje debería manifestar confiadamente a los ancianos, si fuera posible, cuántos pasos hace o cuántas gotas de agua bebe en su celda, para no tropezar en ello”.

INDICE

	Páginas
INTRODUCCION	3
1. San Atanasio de Alejandría	3
2. San Atanasio y el monacato	4
3. La “Vida de San Antonio”	5
4. San Antonio	7
5. El desierto	9
6. Texto de la “Vida”	10
7. Nuestra versión	11
8. Lagunas	12
9. Bibliografía	12
PROLOGO	15
Nacimiento y juventud de Antonio	16
La vocación de Antonio y sus primeros pasos en la vida ascética	17
Primeros combates con los demonios	19
Antonio aumenta su austeridad	20
Antonio se recluye en los sepulcros	22
Antonio busca el desierto	24
Abandona su soledad y se hace Padre Espiritual	26
Conferencia a los monjes	27
Perseverancia y vigilancia	29
Objeto de la virtud	30
Artificios de los demonios	31
Impotencia de los demonios	35
Falsas predicciones del futuro	37

Descernimiento de los espíritus	39
Sus experiencias con los demonios	41
Virtud monástica	44
Antonio va a Alejandría	46
El diario martirio de la vida monacal	46
Huida a la montaña interior	47
De nuevo los demonios	49
Antonio visita a los hermanos	50
Los hermanos visitan a Antonio	51
Milagros en el desierto	52
Visiones	56
Devoción a los ministros de la Iglesia	58
Interviene en la lucha antiarriana	59
La verdadera sabiduría	60
Los emperadores escriben a Antonio	65
Predice los estragos de la herejía arriana	66
Taumaturgo y médico de almas	67
Muerte de Antonio	70
Epílogo	73
Notas	74
Vida de San Pablo primer ermitaño	85
Nacimiento y primeros años de su vida	85
Estos eran los peligros del alma	86
San Antonio visita a San Pablo	87
Doble ración a los soldados de Cristo	89
Le pide la capa de San Atanasio	90
Infinita ternura de la despedida	91
El Alma de S. Pablo subiendo a los cielos	92
Los dos leones cavan la sepultura	92
San Antonio da sepultura a San Pablo	93
Notas	94
Vida de San Hilarión Abad	97
En la escuela de San Antonio	98
A mayor soledad	98
Hilarión en Palestina	98
Vestido muy pobremente	99
Comenzó el diablo a tentarle	99
Luchando y triunfando del infierno	99
Segunda fase de su vida	100

	Páginas
Tenía solamente 22 años	100
Curación de fiebres	101
El monaquismo en Palestina	101
Otro milagro	102
Un carretero de Gaza	102
Un forzado joven	102
Un poseso de una legión de demonios	103
Curación de un cantero	104
Cómo ganó un cristiano las carreras	104
Libra de los malos espíritus	104
Hace salir los demonios de un camello	105
Entonces enseñaba el Santo	105
Correspondencia con San Antonio	106
Suspiraba por la soledad	106
Tuvo revelación de la muerte de S. Antonio	106
Huyendo de los honores	107
El monje Esiquio	107
Tercera fase de su vida	107
Descripción de San Jerónimo	108
Los milagros le delatan	108
Mas he aquí otros milagros	109
Sale para Alejandría	109
En un oasis del desierto de Libia	109
Poco tiempo estuvo en la isla	110
El fidelísimo Esiquio	110
En Dalmacia	110
El terremoto de Dalmacia	111
Hacia la isla de Chipre	111
Con la oración rechaza a unos piratas	111
Cuarta fase de la vida de San Hilarión	112
En la isla de Chipre	112
Ultimo retiro	112
Levántate y anda	113
Muerte de San Hilarión	113
Traslación del santo cuerpo a Palestina	114
Notas	114
San Pablo el Simple, Santa Tais y San Pafnucio	117
Ejercitación de San Pablo el Simple	117

Duras pruebas. Ejercítale en la obediencia	118
Ejercítale en el ayuno y la oración	119
Por fin comen su fragalísima vianda	120
Le ejercita en la vigilia	120
Ultimos detalles	120
El premio de la obediencia	121
San Pablo brilla por sus milagros	122
La conversión de Santa Tais y el Abad Pafnucio	123
San Pablo el Simple y la glorificación de Santa Tais	124
Alegrías de Pafnucio y de Tais	125
Notas	125
Apotegmas de San Antonio	128